

A 25 años de "Los Títeres"

# LA MEJOR HISTORIA JAMÁS CONTADA

*¿Qué hace que una teleserie sea inmortal? Quizás el que con la excusa de hablar del amor hable de justicia. O venganza. "Los Títeres", de Sergio Vodanovic, cumple 25 años. Y no se va a extinguir nunca.*

POR FRANCISCO ARAVENA F.

con su mujer a la selva ecuatoriana y que volvía a Valparaíso viudo, con su única hija, Artemisa (Claudia Di Girólamo) y la convicción de que el oro que traía no había valido el sacrificio. Antes de poner un pie en Chile, Artemisa (que inexplicablemente tenía acento chileno) le hizo la promesa que marcaría su búsqueda durante la teleserie: "Aquí voy a ser feliz".

Pero el país era distinto y eso lo dejaba claro su anfitrión chileno: el industrial Elías Godán (Aníbal Reyna), un pariente político con el colmillo largo por los dorados ahorros de Constantino. Cuando Constantino elogió su casa, Elías las cantó claras. "Aquí hay más deudas que dinero."

Ese es el gran negocio de este país; endeudarse". Cierta, la acción transcurría en 1963, pero Vodanovic lo estaba escribiendo en 1984. Chile era otro: materialista, desconfiado, salvaje.

Otros personajes vivirían trayectos como ese: el retorno, la desilusión, la resignación. En cierta forma, en 1984, Vodanovic había escrito la primera telenovela sobre el exilio.

**"YO SOY LA JUSTICIA".** Humillada y destrozada por la muerte de su padre, Artemisa escapa a Ecuador, donde pasa 20 años en los que se convierte en una exitosa empresaria pero también en una bomba de tiempo emocional, una mujer para quien es imposible amar. Cuando vuelve a Chile a enfrentar a sus fantasmas lo hace sin jurar venganza, y por un momento cree cerrar la herida al emparejarse con su amor de juventud, Néstor Vera (Mauricio Pesutic). Pero Adriana sigue siendo Adriana (aunque en realidad es otra, Gloria Münchmeyer) y sus maquinaciones la hacen concluir que ni el perdón ni la justicia son posibles: sólo la venganza la dejará tranquila. "Yo soy la justicia", le dice al bueno de Hugo (Cristián Campos), el médico con conciencia social que se

enamora de ella. "Ya puse la otra mejilla ¿Cuántas mejillas crees que tengo?"

En esos 20 años los jovencitos del grupo han sufrido sus propias desilusiones. Néstor quería ser un escritor y lo vemos convertido en un reportero amargado ("¿Qué me pasó?", dice desesperado. "Me pasmé"). Félix Muller quería ser cineasta y ahora saca fotos carné. Raúl disfruta del estatus de ser el marido de Adriana, pero sufre la humillación de no ser más que eso. Y ojo con Bruno (Roberto Poblete), el promisorio orador que en 1963 anunciaba a sus amigos que iniciaba su carrera política como candidato a regidor. "Después seré diputado, después senador", prometía. "¿Presidente de la República? ¿Y por qué no?". Iluso. Cesante, Bruno debe asumir las labores de la casa luego de que su mujer, renuncia a ser dueña de casa y sale a trabajar (aquí las riendas siempre las llevan las mujeres).

Los muchachos de la plaza del 63 son una generación perdida el 84. Todos dependen, directa o indirectamente, de la poderosa Adriana (todos son sus títeres), y sus hijos los juzgan con dureza. Sólo una Artemisa decidida a vengarse puede cambiar el destino. Pero ella duda constantemente.

Cuando finalmente logra ejecutar su plan, desenmascarando a Adriana y quitándole su industria, Artemisa no es feliz. Ha perdido su razón de ser. "Lo que siempre se ha buscado no debiera hallarse nunca", le dice Néstor citando a Neruda. "Es duro", confirma ella. Claro, al final se enamora de Hugo y pronto se casarán. "A mí me encantaría hacer una telenovela en que la protagonista al final no se casara, que fuera feliz soltera", comentó Vodanovic en julio de 1984, "pero me dijeron (en el canal) que eso era imposible". Vodanovic le restaba dramatismo: "Estoy en Chile en 1984 y no me cabe a mí cambiar las reglas del juego", dijo. Sólo podemos soñar con qué habría hecho Vodanovic 25 años más tarde. "Entendámonos, esta es una telenovela, no es tan importante", agregó. "Al día siguiente todos se van a olvidar". w

Cuando dieron "Los títeres"—el primer semestre de 1984—yo todavía no cumplía 9 años, y como muchos de mis contemporáneos crecí recordándola más que ninguna otra. Estoy convencido de que la principal razón tiene que ver con lo indeleble de los sentimientos negativos: Adriana Godán fue la primera persona que realmente odié en TV. La crueldad y las humillaciones de los amigos de la plaza hacia Artemisa eran material de pesadilla. Cuando ella volvía a Chile tras veinte años a enfrentar a sus enemigos, su venganza era la de todos nosotros. A mí, por lo menos, no me interesaba verla ser feliz, sólo quería que dejara a Adriana destrozada. Y cuando ésta terminó completamente insana metiéndose a la piscina rodeada de sus muñecas, entendí que la locura era mejor venganza que la muerte.

El regreso, la venganza, la revancha disfrazada de justicia es un motor dramático tan clásico como efectivo, y el dramaturgo Sergio Vodanovic (entre cuyas referencias estaba "La visita de la vieja dama", de Friedrich Dürrenmatt) supo ponerlo no sólo al servicio de su primera teleserie, sino al centro de la historia. "Los Títeres" supuestamente era, como todas, la historia de una heroína que buscaba ser feliz. Pero en realidad era una cadena de desilusiones y frustraciones y una permanente búsqueda de una venganza postergada.

Viéndola hoy —y excusando algunos diálogos cursis y un final pasado a catequesis—, uno puede conjeturar varias lecturas, desde personales a políticas. Si eran o no la intención de Vodanovic —quien falleció en 2001— es secundario: lo importante es que el material las hace posibles.

"Los Títeres" era una constante desilusión con el Chile moderno. Una y otra vez sus protagonistas llegaban —geográfica o temporalmente— a un país que destrozaba sus expectativas. En el primer capítulo (que, como los primeros doce, transcurre en 1963) fue Constantino Mikonos (Walter Kliche), el buscador de oro que había partido



Gloria Münchmeyer.

Claudia di Girolamo.

Soledad Pérez, Miguel Bravo, Ximena Vidal, Marcelo Hernández.

Carolina Arregui y Soledad Alonso.

Aníbal Reyna y Walter Kliche.